Daniel Campusano

EL SOL TIENE COLOR PAPAYA



A Lautaro,
que prende y apaga la linterna.

¿Dos más dos, profesor?
Dos, dice el profesor.
Mejor respuesta que las anteriores (…)
El profesor quiere irse con ella.
Y otra vez se nos escapa.

Wislawa Szymborska, "El paseo del resucitado"

Cuando el sol se apague el sol estará liberado
de todo.
Y eso. Eso es.
Mientras el sol tenga excedente como para
repartir muerte tan lentamente que parezca
vida, durante ese tiempo la vida mantiene la
ficción en marcha.

Inger Christensen, "Eso"

1

«No la vayas a soltar, Antonio. No vayas a caer en sus manipulaciones. Ella está siempre probando los límites donde manejar un adulto». La inspectora Verónica me mapeaba las instalaciones del colegio y hablaba sobre formularios, anotaciones, turnos, salas audiovisuales, comunicados, pero rápidamente volvía a Agustina Silva. ¿No podía descuidarla o no podía descuidarme? Sería profesor de todos los cursos de enseñanza media, pero, según escuchaba, lo primordial era reprimir los caprichos de una adolescente inmanejable, grosera y mentirosa.

En tres días comenzaban las clases y debía estar alerta: Agustina podía ver debajo del agua, armar y botar un castillo de naipes, adelantar la hora de un recreo, robarse la «tablita de confesión», fingir un desmayo, una gripe aviar, un ataque de dolor uterino, un embarazo, o incluso, ya lo había intentado alguna vez con un profesor, sentarse en mis piernas para medir mi rango de incomodidad o vulnerabilidad. «Los hombres jóvenes deben cuidarse, Antonio. Supongo que me entiendes».

Era marzo de 2014 y, después de meses fuera de las aulas, nuevamente me enfrentaba a la engañosa calma de un

colegio vacío: el olor pegajoso de las cartulinas, la fealdad sideral de los diarios murales, la rigidez de los bancos apilados, el optimismo de las salas parvularias, el taconeo lejano de una profesora cuyo nombre de profesora no podría retener.

A fines de 2012 había renunciado a otro colegio y me instalé a mil kilómetros de Santiago. En Puerto Natales arrendé una cabaña de madera calipso, atendí la recepción de un hostal, corregí una novela que nunca pudo convencerme y me emparejé con una argentina divorciada. A los seis meses el paraíso se tornó cotidiano y, una noche de junio, cargando de pellets la chimenea, le dije a Florencia que era hora de volver a Santiago. «¿De qué se escapa cuando se escapa, pelotudo?», me preguntó por WhatsApp tres días después de subirme al bus, apagar el celular y volver a la casa de mi madre en Providencia donde pasé más frío que en la Patagonia. Ese invierno lo recuerdo lleno de neblinas matutinas y nubes de incendio o smog. Las tardes eran generalmente rojas o naranjas. Casi no volví a ver la lluvia y, aunque me avergonzaba reconocerlo, el aire capitalino me adelantaba la alergia primaveral en estornudos, picazones y lagrimeos.

A fines de julio, comenzando el segundo semestre escolar, encontré trabajo en un preuniversitario frente al cine Hoyts de La Reina. Tenía un curso de Lenguaje a las seis de la tarde y otro seguido a las ocho, pero una mañana la directora me avisó que ambos se fusionarían y mi sueldo se estrecharía en un treinta por ciento. Me pidió acompañarla a los estacionamientos, lanzó su cartera platinada en el asiento del copiloto y, apoyada en la puerta de su jeep blanco, me dijo que los estudiantes habían disminuido, que a los padres les habían

subido las mensualidades del colegio, que los jóvenes ahora se agrupaban y preparaban la PSU con un profesor particular, que incluso los preuniversitarios habían sido denostados en las movilizaciones estudiantiles como uno de los agentes más infames de desigualdad.

Antes de atender un llamado y cortar el ring de su celular —«acércame, te necesito, y te digo bang, bang, bang»— la directora me alentó a buscar trabajo en un colegio y estabilizar mi vaivén financiero: «Eres joven, Antonio, podrías proyectarte en algo más seguro: horario completo, un contrato, cosas así». Y aunque estaba lleno de resguardos, ascos e incertidumbres, una noche después de pelear con mi madre por juntar ropa blanca y de color en la lavadora, me puse a enviar currículos a colegios y buscar un sueldo menos incierto para arrendar un departamento.

Al llegar al San Alfonso quizás no estaba desanimado ni buscaba un remezón de novedades: simple o complejamente levitaba en una adictiva ausencia de expectativas. Y en este escenario sería mezquino no reconocer que Agustina me sacudió como quien agita un árbol para botar nidos, agua de lluvia, un gato o una pelota atrapada entre las ramas.

Esa mañana, la inspectora Verónica se extendió sobre «la estratégica alineación entre colegas», mientras yo me perdía en las fotos colgadas en la recepción del colegio entre galvanos, diplomas y crucifijos. Busqué un rostro para Agustina pero solo apunté delegaciones de alumnos en el Vaticano, en jornadas de scouts en Melbourne, en el campeonato de barras del Estadio Nacional, en alguna universidad de piedras en Estados Unidos o Inglaterra.

Pero ese fin de semana encontré en Google una imagen que nunca he despejado del todo. En ella Agustina posaba del brazo de su abuelo en una exposición de autos antiguos. Aunque resaltaban elementos modernos —telones de proyección y refrigeradoras de cerveza Corona—, mi inminente alumna parecía mirar a la cámara desde décadas de distancia: era como si Agustina estuviera en sepia o derechamente fuera uno de sus antepasados. Llevaba un vestido rojo, un listón de flor en el pelo, un escote pronunciado. Como siempre era complejo dilucidar su estado de ánimo: su mirada al lente podía transmitir comodidad, sarcasmo o el más genuino desprecio. Fue la primera vez que vi su sonrisa fastidiada y el temor desafiante de sus ojos achinados.

2

El colegio San Alfonso consistía en tres edificios medianos, un gimnasio, una capilla, un casino y una cancha de atletismo. El reducto exclusivo y bilingüe estaba ubicado entre los metros cuadrados más inflados de Santiago, y aquí —no se decía ni se negaba— solían matricular expulsados o repitentes de otros colegios del barrio.

El primer día de clases Agustina se sentó al fondo de la sala, reposó su cabeza en el banco y le dio golpes a la madera a la altura de la oreja. Parecía mansa, cansada. Me miró unos segundos, se trenzó el pelo, digitó un iPhone y estiró un audífono por dentro de la camisa hasta esconderlo en la palma de su mano. Después interrumpió la presentación de una compañera, pidió permiso para ir a la enfermería y no volvió en el resto de la hora. Al salir se fijó en mis zapatos y encogió las cejas. Me miró con un rictus de extrañeza y, antes de cerrar la puerta, se rascó el antebrazo izquierdo y dijo en voz baja pero audible: «¿Por qué se vino a meter a esta mierda, profe Antonio?».

De las primeras semanas en el San Alfonso recuerdo oraciones en el patio central, charlas instructivas para rellenar el libro de clases, reemplazos a profesoras enfermas, conversatorios sobre educación sexual y dinámicas para «crear lazos

entre el personal docente»: en una de ellas, cada profesor tomaba un ovillo de lana, enunciaba en voz alta sus miedos o fracturas y, luego de quebrar la voz, se quedaba con la punta de la lana y pasaba el ovillo a un siguiente colega.

Ya finalizando marzo los desagrados se aligeraron cuando recibí una invitación del rector Joaquín Villarino a impartir un taller de escritura. Me explicó que los alumnos de tercero medio tendrían que escoger un curso electivo humanista o científico, y yo le respondí que podía ser un oxígeno adecuado para ellos: tanto facsímil de PSU de seguro los amargaba y sobreexplotaba.

Al escucharme Villarino pareció incómodo, pero más que nada, temeroso de participar en un malentendido acerca de las prioridades académicas del colegio. «Te entiendo, Antonio, pero, por favor, no vayas a repetir eso ante los apoderados».

Una semana después, tres hombres y cuatro mujeres se acomodaron en un círculo para responder la primera pregunta de mi taller de escritura. Agustina azotaba su pie izquierdo contra el piso y, por primera vez, se veía curiosa en una situación de clases.

—Ya pues, nadie ha respondido la pregunta de la pizarra. ¿Qué diferencia hay entre escribir para nosotros y escribir para los otros?

—Escribir para los otros es obligado, y escribir para nosotros es voluntario —opinó Raimundo, dubitativo.

—Estás cerca, Raimundo. Pero, a ver, piensen unos segundos, pónganse en las dos posibilidades.

Agustina torció la boca, hojeó su croquera y se detuvo a mirar uno de sus dibujos incomprensibles, monstruosos.

—Escribir para los otros sería pensar lo que los demás quieren que digamos —intentó explicar Vicente—. En cambio, escribir para nosotros mismos sería más fácil porque ya sabemos lo que nos duele.

—¿Sabes lo que te duele, Vicente? Qué afortunado… Pero sí, estás cerca.

—No entiendo, profe —dijo Fernanda.

—Miren, imagínense que escribimos un diario de vida —al escucharme, Agustina dobló la cabeza como un perro descifrando un sonido—: como asumimos que nadie lo leerá, podemos escribir, incluso, mediante chistes y palabras inventadas solo entendidas por nosotros. Escribir para los otros, en cambio, ¿cómo sería?

—Lo contrario —respondió Fernanda, chequeando algo en las puntas de su pelo.

—Escribir para los otros sería un ejercicio de comunicación —continué—. Debemos hacer el esfuerzo de que el otro entienda «eso» que buscamos contar, incluso si ese lector nunca nos ha visto en la vida.

—A ver, para —exclamó Agustina—. Yo no voy a escribir para otros. Esa hueá me da vergüenza, Antonio.

—Agustina, no me trates por el nombre. Y tampoco digas garabatos.

—Ya, pero contéstame, ¿vamos a tener que escribir algo para los otros y que todos lo lean? Ni cagando.

—¿Te da vergüenza?

—Ay, obvio. ¿Por qué los otros van a tener que saber lo que siento? Uno escribe para tener secretos, no para andar diciéndolos.

—Esa sería una forma de ver la escritura, Agustina. Y aquí la respetaremos todos. Mira, cuando haya que escribir para los otros, tú simplemente escribes para ti misma. ¿Estamos? Nadie te obligará a leer lo que escribes.

—Perfecto. ¿Y yo podré leer las cosas que los otros escriban?

—Quizás a los otros les sirva lo que tú digas.

—No sé, Antonio. En este colegio todos se creen curas o psicólogos.

Al terminar el primer taller nos quedamos conversando todo el recreo. Raimundo me contó que su abuelo había sido Premio Nacional de Literatura y amigo personal de Pinochet y el Almirante Merino, Fernanda que su abuela había escrito su autobiografía antes de pegarse un balazo en su cabaña de Papudo, Alberto que su padre estaba aterrado porque a él le gustaría estudiar Historia.

Agustina, por su parte, se me apareció imprevistamente en el próximo recreo. Había llovido esa mañana pero el cielo ya se tornaba celeste. Me dijo que nos alejáramos de la inspectoría porque, a esa hora, ella debía estar haciendo un control de matemáticas. Caminamos unos metros hasta el patio de básica; ella subió la escalera de un resbalín amarillo y lo bajó corriendo. Al aterrizar se afirmó de mi brazo y me pidió atención.

—Oye, sé que te voy a parecer una loca; pero en verdad esto es importante.

Me pasó nueve hojas escritas a mano con una letra redonda y márgenes estrictamente limitados. Enseguida se abrochó los zapatos y, antes de desaparecer, me dijo que si le mostraba

su texto a alguien haría correr una foto mía por el curso. Sacó el celular y amplió una imagen donde yo recibía un beso cerca de la boca de un compañero de mi equipo de fútbol. Mis ojos estaban rojos y desfigurados. Mi lengua se veía morada y mi polera estaba salpicada de vino.

—¿Qué estás diciendo?

—Si no quieres que encuentre fotos tuyas, dile a los calientes de tus amigos que no me acepten en redes sociales.

—¿Me estás amenazando?

—No, profesor, cómo se le ocurre. Solo necesito que me ayude. ¿Así está bien? Le dije «profesor», ¿vio? No lo tuteé.

—No me conoces, Agustina. Y de verdad me pareces violenta.

—¿Has confiado en alguien apenas escuchándolo?

—¿Ah?

—Es que entiende, Antonio: no te pareces a nadie de este colegio. Hablas chistoso. No anotas a nadie. Eres un rabioso. Te da paja todo. No te sabes las canciones de misa.

—Nadie me las enseñó.

—Ayer yo estaba en la esquina y pasaste cantando solo en tu auto. La semana pasada casi atropellaste a una vieja en el paso de cebra y te hiciste el hueón. Esas cosas me dan confianza. ¿Cómo no entendís?

—¿Con cuál de mis amigos hablaste?

—Con tres o cuatro. Pongo la foto más mina y se demoran quince segundos en aceptarme. Uno está casado y tiene una guagua.

—Agustina. Lo que haces me parece grave. Invades mi intimidad. Me exiges cosas inadecuadas.

—Nunca más, profesor Antonio. Se lo juro por San Alfonso.

—Ándate a clases, por favor.

—Pero prométeme que vas a leer esas páginas atentamente.

—¿Miras a todos con esa cara?

—¿Cuál?

—Esa, pues. De chantajista, caprichosa.

—Ah, depende. A veces no hace falta. El mundo está lleno de gente tonta. ¿No encontrái?

3

Una tarde el portero del colegio me interceptó en los estacionamientos, me ofreció una sopaipilla y me preguntó el nombre completo, la patente de mi auto y si estaba casado. Cuando le respondí que tenía varias esposas, Isidro pareció ahogarse de risa, me palmoteó la espalda y, suavizando la voz, me preguntó si algún día podría mostrarme sus poemas. Me adelantó, eso sí, que como antiguo soldado solo le escribía versos a «las glorias militares». Le prometí leerlos con atención y, ante su insistencia, le consulté la única duda que me nacía despejar por el momento:

—Isidro, ¿qué es la tablita de confesión?

Solemnizando su postura, ajustándose los lentes, Isidro tomó una hoja de recados, dibujó un rectángulo grande y, adentro, un cordero, una hostia y algo parecido a una aureola.

«Así es la tablita de confesión, profesor», dijo. Y, verdaderamente molesto, me explicó que los catequistas solían pasarles esta tablita a los niños inscritos para confesarse y, como la tablita permitía salir de clases, había una niña de tercero medio que se la robaba para fugarse de la sala.

—Como ve, profesor, estas generaciones no respetan nada.

Iba a interrogarlo sobre Agustina, pero mi alumna Fernanda me llamó chillando y moviendo las manos desde unos veinte metros. Estaba apoyada en un Cristo de mármol, en medio del edificio de preescolares. Se reía junto a una mujer que podía ser su madre o su hermana. Al caminar donde ambas, Isidro me moduló algo imperceptible y gesticuló un movimiento indefinido con los puños y codos.

—Este es el profe Antonio, Maida —le dijo Fernanda a la mujer —. Es el favorito de la Agustina.

—Mucho gusto, profe Antonio —dijo Maida y dio un sorbo a un batido verde oscuro.

—¿Qué tenís que hacer el viernes? —me preguntó Fernanda—. La Maida inaugurará un centro de terapias alternativas y yo creo que deberías ir. Es aquí al lado.

—¿Eres instructora de yoga? —pregunté a Maida, desencajado.

—No es yoga —precisó Fernanda—. Es un «centro de reiki, biomagnetismo, reflexología, flores de Bach y psicología espiritual» —leyó en un flyer publicitario—. La Maida es seca, Antonio, y además es mi tía más mina, ¿cierto?

Cuando sonó el timbre de cambio de hora dispersamos el tema y nos despedimos torpemente, pero la semana siguiente la encontré en los estacionamientos, me disculpé por no haber ido a la inauguración y, en un acto más atolondrado que atrevido, le pedí el teléfono del centro de terapias alternativas.

—¿Me está pidiendo el teléfono, profe?

—Es que busco un centro de psicología espiritual… —le respondí, ahogando las sílabas— ¿Qué es psicología espiritual, a propósito?

—No tengo pico idea —me respondió ojeando el entorno, apretando los labios. Y ya sufría una vergüenza fulminante, cuando me quitó el celular y grabó velozmente su número.

Apenas vio a su hijo, caminó hacia el niño con pasos largos y divertidos. Maida tenía un andar de ganso y sus hombros parecían ondularse. Abrazó al niño y pareció superada por el tamaño de una caja de rompecabezas. Al primer recreo del día siguiente Agustina me pidió mil pesos para comprar alfajores, esperó que pasaran algunas niñas de primero medio y, pegándome un puñetazo en el brazo, me preguntó si me iba a «tirar a la apoderada».

—Te averiguo el teléfono si quieres. ¿Te muestro a su hijito? Es un pendejo con rulitos, de kínder. ¡Te pasaste, Antonio, erís muy caliente!

—Agustina, no corresponde que me hables así.

—Disculpe, profesor. ¿Leyó mi texto?

—Sí.

—Necesito que me ayude ahora.

—¿Ayudarte a qué?

—Ya le explicaré cómo.

—No te entiendo, Agustina. Por favor déjame tranquilo.

Semanas después Isidro me contó que Agustina cobraba diez mil pesos por investigar la vida de un alumno de otro colegio o de alguna universidad. Podía conseguir el nombre completo, el número de celular, el puntaje de PSU, la fecha del cumpleaños, la música que escucha y hasta el RUT de un joven, si se lo encargaba, por ejemplo, alguna niña enamorada.

—Una vez le ofrecí mis consejos —me dijo Isidro.

—¿Le vendías información? —bromeé.

—No, no —me respondió enfático—. Yo trabajé en espionaje durante los ochenta y entiendo de seguimientos, filtraciones, intervenciones. Pero esta niña es soberbia, profesor. Me dice que ella solo trabaja por internet, y que yo soy un viejo de mierda que ni sé prender el computador. Y bueno, en eso tiene toda la razón no más.